

DEVOCION
A LAS TRES HORAS
DE AGONIA
DE NUESTRO REDENTOR
JESUCRISTO.

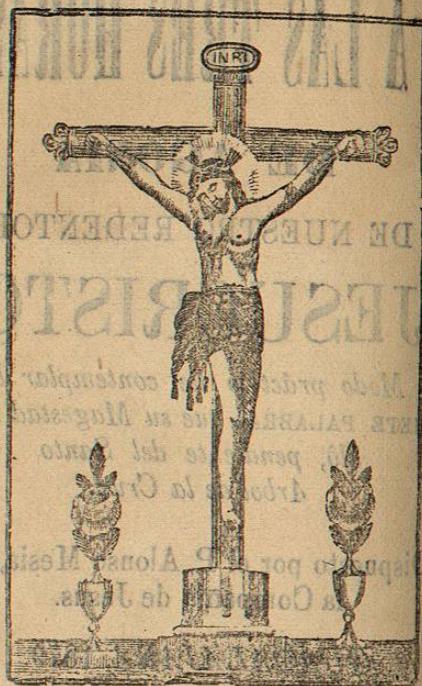
*Modo práctico de contemplar las
SIETE PALABRAS que su Magestad ha-
blò, pendiente del Santo
Arbol de la Cruz.*

Dispuesto por el P. Alonso Mesia, de
la Compañia de Jesus.

GUADALAJARA, 1879.

Copiada del antiguo original. en la
TIP. DE V. C. OLAGUE.

Bernardo, no hay



Copia del antiguo original en la
T. de V. C. Olaya

de nuestro amantísimo



Primero se hará un razonamiento para disponer á los fieles á la reverencia y aprovechamiento de estas tres horas, concluido el què, se darà lectura á lo siguiente.

Todos los fieles cristianos, amantes de nuestro Salvador Je-us, redimidos y rescatados con el precio de su preciosísima Sangre, Pasion y Muerte, del cautiverio de la culpa y del demonio, debemos contemplar con suma atencion y reverencia, los tormentos, congojas y angustias mortales, que en el espacio de estas tres horas de agonias, desde las doce hasta las tres de la tarde, padeció nuestro amantísimo Redentor en la Cruz. Fueron tan terribles y crueles, que, como dice S. Bernardo, no hay entendimiento hu.

mano que lo pueda comprender, ni lengua criada que lo pueda explicar. No tenia cosa sana el Salvador, desde la planta del pié hasta lo más alto de la cabeza. Miralo bien, alma mía, en esa Cruz hecho todo una llaga; abiertas las espaldas y todo el cuerpo con los azotes; descoyuntado el pecho con los golpes, traspasada terriblemente la Cabeza con las espinas, mesados los cabellos, arrancada la barba, herido el Rostro con las bofetadas, desangradas las venas, seca la boca por la sed, amarga la lengua con la hiel y vinagre, las manos y piés barrenados y atravezados con duros clavos, rasgandose mas estas heridas con el peso de su mismo cuerpo: el corazon aflijido y el alma á punto ya de espirar, se le arrancaba con indecible tristeza. Pero á la verdad, no era esto lo que mas le atormentaba; pues de su voluntad se habia ofrecido á los tor-

mentos de la cruz; lo que mas le atravesaba su amantísimo corazon en la agonía de estas tres horas, eran nuestras culpas y nuestra vil correspondencia: nuestra ingratitud era lo que causaba aquellas terribles agonías de muerte. ¡Ay alma mía! ¡Quién no aborrecerá con todo el corazon las culpas, pues tan mortales agonías causaron á nuestro amorosísimo Salvador?

En estas tres horas de tan espacuosos tormentos sin que la olas de tanta amargura pudiesen apagar el incendio de su caridad, nos tuvo presentes á todos para poder ofrecer por nosotros con entrañable amor su vida, en sacrificio á su Eterno Padre. En estas tres horas, aunque no le vimos con nuestros propios ojos, El con su inmensa vista nos vió y tuvo presentes para ofrecerse por cada uno, como si cada uno de nosotros fuera solo en el mundo y en su amor. En estas tres ho-

ras vió cada una de nuestras culpas, con todas sus circunstancias, como las vé despues quando se cometen; affigiéndole con tan profundo sentimiento, que compadecido de nosotros, ofreció su Sangre preciosa en pago de nuestros delitos. En estas tres horas, con la amargura de sus agonias, despojó al Demonio, príncipe del mundo, de la escritura, y clavandola consigo en la Cruz, la borró con su sangre. En estas tres horas, con el precio de sus agonias, alcanzó de su Eterno Padre los tesoros todos de su Clemencia, todos los buenos pensamientos, y santas inspiraciones, y por último, los socorros todos de su gracia. ¡Oh bienaventurada memoria de nuestro dulcísimo Redentor! ¡oh dichosas tres horas de oro, corridas por nuestros yerros, en que merecimos hallarnos presentes en el monte Calvario; no léjos, ni junto à la Cruz, sino en el amantísimo Corazon

y Memoria de nuestro amantísimo Redentor; para lograr toda la gracia de su amor y de su iníalta caridad!... De verdad, almas cristianas, que no cumplimos lo que debemos à nuestro dulcísimo Jesus, si en estas tres horas no morimos de amor.

Volvamos almas, al Eterno Padre nuestro Juez; y esforzados con las agonias de nuestro Redentor Jesus, digamosle con todo el afecto y rendimiento de nuestro corazon: ¡oh Padre Eterno, Juez y Señor de nuestras almas, cuya justicia es incomprendible! Ya que ordenaste Señor, que tu inocentísimo Hijo pagase nuestras deudas, mira, Padre Clementísimo, la agonía tan terrible en que se vé por su obediencia y por nuestras culpas, en estas tres horas; mira la paga que ofrece tan copiosa en su Sangre y agonias, para que así se aplaque tu justicia. Cese Señor tu ira, cese tu e-

¿Qué locura es la mia, que dejo tus

nojo; y pues te ves tan abundantemente pagado y satisfecho, quedémos libres los deudores; y merezcamos por estas tres horas de agonía de tu amantísimo Hijo, todo aquello que te pidió para nosotros, el perdón de nuestras culpas y los socorros eficaces de tu gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

Aquí, arrodillanse todos á pedir lo dicho: y entre tanto meditan un breve rato, se cantará la siguiente saeta, ó se tocarán algunos instrumentos.

Al Calvario almas, llegad,
Que nuestro dulce Jesus,
Desde el Ara de la Cruz
Hoy á todos quiere hablar.

Cruz, sino en el amantísimo Corazon

PRIMERA PALABRA

QUE HABLÓ EL SENOR EN LA CRUZ.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

PUESTO nuestro Señor Jesucristo como maestro celestial en la cátedra de la Cruz, habiendo callado hasta entonces con un profundo silencio, abrió sus divinos lábios para enseñar al mundo en siete palabras, la doctrina mas alta de su amor.

Atiende, pues, alma mia; aviva tus potencias y mira que el mismo Dios es quien te enseña y te ha de tomar estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡Oh Jesus amoroso! ¡Oh Maestro divino! Hablad, Señor, que vuestros hijos oyen.

Toda la naturaleza se conmovia al ver padecer á su Criador tan atroces

¡Qué locura es la mia, que dejo tus